

Una desdichada Hermana del Ejército de Salvación agonizaba. Se había contagiado de una tuberculosis y no había resistido más de un año. Mientras pudo, continuó sus guardias y cumplió sus deberes; pero cuando le faltaron las fuerzas, fue enviada a un sanatorio. Allí fue cuidada durante algunos meses sin experimentar mejoría alguna; y cuando al fin comprendió que estaba perdida, regresó al hogar con su madre, que vivía en una pequeña casa en una calle de las afueras. Allí, postrada en cama, en una estrecha alcoba, en la que había pasado su infancia y su primera juventud, esperaba la muerte.

Su madre se había instalado junto a su lecho, preocupada y triste, pero tan absorta en sus cuidados de enfermera, que apenas le quedaba tiempo para llorar. Una salvacionista que había sido compañera de la enferma en el trabajo, se hallaba al pie del lecho y lloraba silenciosamente. Su mirada se detenía con la mayor devoción en el rostro de la moribunda, y, cuando lo oscurecían las lágrimas, se secaba los ojos con un rápido gesto.

Una mujer corpulenta, con una gran S de las salvacionistas bordada en el cuello de su vestido, estaba sentada, muy incómoda, en una pequeña silla. Esta silla era la preferida de la enferma desde